

tingue el indígena del extranjero. No repite el precepto de Moisés¹: «No comáis animales muertos, sino dadlos ó vendedlos á los extranjeros». Sabe ya que la humanidad es solidaria y que las enfermedades se propagan por contagio de individuo á individuo, de ciudad en ciudad, de pueblo á pueblo. Sabe que ha de tratarse cada población y aun el mundo entero como un verdadero organismo y que la salud de los Japoneses, de los Africanos, de los Esquimales, hasta la de las gallinas, las ratas, las vacas, interesa á todos los hombres. Los higienistas de Europa, representados por comisiones de médicos y otros sabios, han intervenido en Djeddah y en la Meca para impedir el nacimiento ó al menos el desarrollo del cólera entre los *hadji* que se agolpan en derredor de la piedra santa; así como también han intervenido en las Indias para estudiar sobre el terreno los focos de la peste, buscar los medios de su curación y circunscribir los límites de extensión del azote; mañana intervendrán en Persia y en Caldea para regular el transporte de los cadáveres á los lugares sagrados de Kerbela y de Nedjef, que deja sobre los caminos de las caravanas un olor de podredumbre. Apenas habrá población donde no se atienda la salud pública por el establecimiento de las cloacas, la conducción de aguas puras, la limpieza de las calles, la incineración ó el tratamiento químico de la basura. Se atiende á hacer lo más conveniente, sea ocupándose de los niños mal alimentados, atacando los grupos de casas malsanas ó de mil maneras diferentes; pero no sin provocar protestas de parte de los «superiores» y de los propietarios. No importa; en este asunto el impulso está dado, y se ha evidenciado que en toda comunidad la salud del más rico está unida á la del más pobre; la ciencia ha activado la evolución de los sentimientos: el más aristócrata de los hombres ha de mostrarse racionalmente solidario ó temer perpetuamente el contagio.

Gracias á métodos científicos, se han rechazado y hasta suprimido en diversos países los terribles azotes, viruela, difteria, tífus y tantas otras pestes negras que antes asolaban periódicamente el mundo. En cuanto hace su aparición una de esas enfermedades, se encuentran inmediatamente los orígenes del mal en los cuarteles, las

¹ Deuteronomio, XIV, 21.

cárceles, los hospitales ó los conventos y se recurre al remedio soberano de la asepsia y de la limpieza, preferible á las procesiones, las peregrinaciones y la flagelación mutua que se imaginaban en otro tiempo con poder suficiente para ahuyentar los espíritus envenenadores. El fuego, excelente medio de desinfección, se empleaba, no para destruir los cadáveres y toda clase de objetos contaminados, sino para quemar desgraciados, sobre todo Judíos, á quienes se acusaba de esparcir las enfermedades infecciosas: durante la gran epidemia del siglo XIV se quemaron dos mil Israelitas en Hamburgo y mil doscientos en Maguncia. Hasta en estos últimos tiempos la ignorancia popular ha tratado siempre de vengarse sobre el enemigo del mal que procedía de la propia incuria.

Se sabe, pues, de qué manera han de combatirse los contagios, es decir, las enfermedades que atacan á la raza entera, y se sabe ampliamente también lo que ha de hacerse para rechazar y suprimir las enfermedades individuales. Sin embargo, no bastan las afirmaciones de la ciencia para que la humanidad se conforme con sus enseñanzas, y hasta ocurre que las pasiones ó los apetitos reaccionan contra ella y el mal se aumenta en proporción directa del conocimiento. Por ejemplo, la acción funesta de los espirituosos ha sido perfectamente evidenciada por los higienistas, y pocos son los alcohólicos inveterados que no reconozcan cuán fundadas son las críticas y las recomendaciones que se les prodigan, pero la victoriosa rutina les pone el vaso en la mano, y le vacían maldiciendo su indigna cobardía. Lo mismo se encuentran fumadores que deploran su sumisión al cigarro ó á la pipa, que comilones que alaban la sobriedad. Se ven muchos médicos que dan mal ejemplo contra sus mismos consejos. De todos modos, bueno es saber la verdad y mostrarla como una enseña sobre las prácticas incoherentes de la vida, saber la vía que ha de seguirse sin haber de pedir á los biólogos la claridad definitiva sobre todo lo referente á la alimentación, á las enfermedades y á la salud.

Pero el gran manantial de las enfermedades, como es sabido, pertenece al género de los que se quieren tener abiertos siempre: es la desigualdad social. La causa económica de la riqueza y de la miseria coincide exactamente con la de la vida y la muerte. Los estadísticos

han formado en cada centro urbano el triste cuadro de la mortalidad según el estado de fortuna de las clases: la proporción varía del sencillo al doble, al triple, al séxtuplo. Aquí los pastores que predicán la resignación á los humildes de sus rebaños; allá el rebaño mismo que marcha en multitud como al matadero. Las gentes de la clase rica sobreviven á las condiciones más contrarias á una buena salud;



Cl. de la Ruche.

LA PARTIDA PARA LA SIEGA EN UNA ESCUELA LIBERTARIA

resisten á la demasiada buena comida, á las veladas largas, al noctambulismo, á las enfermedades de la orgía: los cuidados, los viajes, el aire puro, el reposo y el trabajo atractivo los repone y les permite llegar á la vejez. Las gentes de la clase mísera, por el contrario, están expuestas á todos los riesgos de la muerte, sobre todo al principio de la existencia: el primer año se lleva siempre una parte considerable, después cuando se han adaptado al medio de la incomodidad, de la mala alimentación, de la higiene al revés, sucumben muchos á las enfermedades que pasan felizmente aquellos á quienes el bienestar ha hecho menos vulnerables; los contagios ordinarios, y el más temible de todos por sus efectos, la tuberculosis,

causan con predilección sus víctimas en las falanges de la indigencia. Además, contra los pobres se ceba con más energía la casta de los curadores de toda clase, con patente ó sin ella, médicos, cirujanos, curanderos, charlatanes, que tienen interés directo en perpetuar la enfermedad, en crearla, en caso necesario. En el actual estado social, es siempre peligrosa la existencia de una contradicción entre



Cl. de l'Avenir Social.

LECCIÓN DE LECTURA EN UNA ESCUELA LIBERTARIA

el deber y el medio profesional de ganarse el pan. Colocándose en las condiciones económicas y morales que el antagonismo de los intereses produce en la sociedad, no puede censurarse al médico ni al farmacéutico que sueñan con epidemias y enfermedades. Para la realización de una verdadera higiene pública se necesita una moral superior que puede nacer solamente de un desplazamiento del eje social en la humanidad.

Una de las cuestiones capitales en el porvenir es el cultivo de los hombres, que nacen ahora casi todos al azar y se desarrollan en virtud de las circunstancias buenas ó malas: de riqueza ó de miseria, cuando lo necesario es asegurar generaciones sucesivas de hombres todos sanos, fuertes, hábiles, inteligentes y bellos. No hay razón para decir que eso es pedir lo imposible, puesto que los

jardineros, en sus maravillosos experimentos, han cambiado á su gusto las formas, los colores, la altura, el aspecto y las costumbres de plantas numerosísimas; puesto que los criadores de animales han creado razas por los cruzamientos, determinando muchísimas variedades de animales de que sólo se conocían uno ó dos tipos; puesto que manos impías de propietarios de esclavos han acoplado negros y negras para obtener á voluntad sujetos de biceps ó de pectorales más ó menos desarrollados. ¿No se ha visto á Federico Guillermo I de Prusia mandar que se efectúen matrimonios entre hombres altos y arrogantes y mujeres vigorosas para obtener granaderos escogidos para los ángulos de sus regimientos?

Á ejemplo del monarca famoso, ciertos reformadores autoritarios han propuesto la gerencia del Estado, su intervención directa en todas las uniones, como el medio de asegurar á la humanidad futura la mayor suma asequible de fuerza, de longevidad, de cualidades físicas y morales. No es ciertamente imposible en una sociedad como la nuestra — que sostiene todavía principios absolutos «por la gracia de Dios», y que ve al mismo tiempo desarrollarse la ciencia en toda la magnificencia de sus descubrimientos, — que haya soberanos y hasta partidos que se consideran «científicos» que tengan la audacia de intervenir en las relaciones naturales entre el hombre y la mujer, ejerciendo á su vez ese derecho de intervención en el matrimonio que practicaban en tiempos pasados casi todos los padres en virtud del derecho de propiedad sobre sus hijos; es hasta probable que se hagan tentativas en este sentido, porque en el gran trabajo de experimentación que representa la historia, todo se ha ensayado sucesivamente, todas las combinaciones se reproducen de una manera imprevista; pero de antemano puede predecirse el más lamentable fracaso á los que, colocándose insolentemente sobre las leyes naturales de la afinidad espontánea de los sexos, trataran de crear un género humano á su estampilla. Su mismo éxito sería el mayor de los desastres, porque entonces esos hombres que fabricarían los soberanos no serían ya hombres, serían esclavos con las «cualidades» del esclavo, es decir, seres satisfechos de su envilecimiento, que aceptarían su degradación resignadamente y estarían cada vez más desprovistos de fuerza y de



LA ESCUELA AL AIRE LIBRE, EN EL SAHARA

Cl. P. Nyst.

iniciativa. Así fué como los Faraones, ayudados por ministros del temple de un José, crearon una raza de pacientes labradores que formaban un mismo instrumento agrícola con el buey que camina lentamente arrastrando el arado. Los Peruanos bajo el régimen de los Incas, los Guaranis bajo el apostolado de los Jesuítas, tales son los tipos que se intentaría reproducir según un modelo cuyo relieve se iría borrando poco á poco. ¡Cuántas veces se ha ejercido la intervención de los curas y de los poderosos en ese sentido, reprobando siempre con insistencia las uniones de las bellas jóvenes con los «malas cabezas»; cuántas veces los padres, en desacuerdo con el deseo de casarse manifestado por sus hijos, han preferido la «posición» á la robustez y á la belleza; cuántos suicidios y cuántos crímenes han causado esas intervenciones!

En esta cuestión capital de la dirección científica que ha de darse á los cruzamientos, respetando de una manera absoluta la libre elección de los cónyuges, habrá de comenzarse nuevamente la lucha de poder y de igualdad que, sobre todos los demás puntos, divide á los hombres. Cada mejora parcial que dicta la ciencia, se encuentra bruscamente detenida en sus esfuerzos por la interposición de las condiciones de desigualdad social entre el ideal y su realización posible. Si se trata, por ejemplo, del más esencial de todos los progresos, del que ha de asegurar la salud y la duración de la existencia á todos los recién nacidos, la historia natural, la higiene y la terapéutica nos han dado todos los informes deseables, y sabemos perfectamente cómo ha de procederse para acomodar los niños á su medio en toda comarca y en cada estación; se sabe también lo que ha de hacerse para aceptar los retos de la Naturaleza haciendo vivir los nacidos antes de término, objetos informes cuya cualidad humana sólo es reconocida por el anatómico y la nodriza. El higienista enseña á aumentar de día en día y de hora en hora las probabilidades del individuo naciente en su trabajo por la existencia; sabe en general cómo ha de obrar ante cada problema médico ó quirúrgico, pero no ignora las desigualdades de la fortuna, y sólo lucha en beneficio de los hijos de los privilegiados. Sería convertirse en revolucionario no tener en cuenta los derechos sacrosantos del capital, aun en ese problema por excelencia de la

conservación de la especie humana. El médico no puede separar á la madre del género de ocupación que le impone la economía contemporánea, ¿y qué ha de hacer si la madre, á causa de su trabajo, se ve obligada á separarse de sus hijos, de enviarlos á casas mercenarias, donde los cuidados que se les den bajo la vigilancia de funcionarios indiferentes, corren el riesgo de ser completamente ilusorios?

Lo mismo sucede con todas las demás mejoras soñadas ó intentadas por los hombres de buena voluntad que se interesan más especialmente en tal ó cual de las cuestiones relativas al progreso social. Los higienistas no tienen duda alguna respecto á los venenos que vician la sangre de los hombres: alcohol, tabaco, morfina, opio. La claridad es grande sobre el asunto, pero es también evidente que los presupuestos nacionales y locales, lo mismo que los beneficios de los productores y comerciantes se aumentan en grande, favoreciendo el vicio. No se verán, pues, poderes constituidos que tengan la audacia de condenar abiertamente el mal. Todo se reduce á tratar teóricamente cuestiones relativas al trabajo ó á la educación, á aceptar lo que dicen los higienistas acerca de la necesidad de respirar aire puro, de alternar los trabajos de fuerza física y de investigación intelectual, de suministrar á cada hombre una alimentación variada y abundante, de no forzar las vocaciones ni los músculos, de conceder gran reposo bien ganado á aquellos á quienes ha fatigado el exceso del trabajo; ¿pero qué importa una ciencia cuyos principios no se osan aplicar porque en las fábricas se necesitan músculos humanos á cambio de jornales de hambre, y porque los padres tienen prisa por que sus hijos se dediquen á una profesión, si no bien remunerada, á lo menos suficiente para las necesidades inmediatas de la familia? ¿Y la prostitución? Como régimen dependiente del Estado, del que hasta se beneficia por los tributos que la impone, semejante institución no puede hallar más que defensores vergonzantes, si se exceptúan los jefes militares que cuidan de que no falten casas públicas al lado de los cuarteles. ¿Y cómo evitar las matanzas perpetradas de tiempo en tiempo por las compañías de ferrocarriles? No hay duda que ocurren casos fortuitos inaccesibles á toda previsión humana, pero en más de un accidente el «dividendo» es el culpable. Las compañías conocen los aparatos

de preservación, pero son caros; tampoco ignoran que un personal numeroso, dispuesto siempre, es indispensable para evitar los choques, pero los hombres se pagan, y saben también que si las responsabilidades recayeran sobre los poderosos tomarían un carácter mucho más serio que las duras penas impuestas al azar sobre un guarda-agujas ó sobre un fogonero rendidos de fatiga.



Cl. Colec. Ideal P.S.

LA PUNTA PESCADE, CERCA DE ARGEL, Y SU FUERTE

Esos inconvenientes, por otra parte, no disminuyen los grandes beneficios á cuya consecución obedece toda la combinación de la empresa.

Así siempre y en todas partes, en toda obra de justicia y solidaridad humana se tropieza con supervivencias que no cederán seguramente á las exhortaciones de los que saben y se limitan á predicar con fervor; no cederán más que á la fuerza. Los que unen el poder al saber intervendrán sin duda antes que todos esos males desaparezcan por sí mismos. No bastará dictar leyes ni delegar el poder popular para destruir todas las instituciones malas; el movimiento histórico traerá seguramente sobre la escena revolucionarios que pondrán la mano al servicio de sus ideas, demoliendo cuarteles y lupanares, casillas de consumos y aduanas, cuartelillos

de gendarmes, cárceles y presidios. De lo contrario, á pesar de cuanto se haga, esas barracas y esos monumentos serán siempre habitados y, conservando su carácter social de focos parasitarios, permanecerán como tantas otras úlceras sobre el cuerpo enfermo. Mientras no interviene la sanción de un hecho brutal, las decisio-



Cl. P. Sellier.

ESCULTURA PREHISTÓRICA
BUSTO DE MUJER EN DIENTE DE CABALLO

Mas de Azil. — Tamaño doble.

nes legales resultan vanas. Hay fortaleza abandonada, desarmada, desguarnecida, hasta sin conserje, y no deja de ser un lugar prohibido, cuyos muros están defendidos por la prisión y por las multas. Muchas veces han sido suprimidas las subprefecturas por acto legislativo como otras tantas vergonzosas agencias electorales, pero á pesar de todo las subprefecturas funcionan todavía, con perjuicio de la moral y de la hacienda pública. La opinión prepara revoluciones: la voluntad firme, absoluta, las realiza.

La parte de la educación que ha de dar por resultado las grandes transformaciones

estéticas, es aún mucho más delicada que la educación científica, porque es menos directa, y su elaboración, completamente personal, es infinitamente más matizada.

La impresión de la belleza precede al sentido de la clasificación y del orden: viene antes que la ciencia. El niño se alegra cuando tiene en su mano un objeto luminoso, de color brillante y sonido argentino; goza deliciosamente de la música, de los colores y de los sonidos, y hasta pasado cierto tiempo no trata de conocer el

cómo y el por qué de su juguete: le mira y le manipula mucho antes de desmontarle para conocerle bien. Asimismo sus padres



EL PENSADOR, POR A. RODIN

Cl. J. Kuhn, París.

contemplan con una especie de adoración, con transporte, al hijo que les ha nacido, y sólo en segundo lugar les acude la idea de educar al ser maravilloso que admiran¹. Así se pasa del arte á la

¹ Patrick Geddes, *Summer Meeting at Edinburgh*, 4 Agosto 1896.

ciencia; después cuando se han comprendido las cosas que nos rodean, cuando la ciencia ha explicado todo, volvemos al arte para admirar todavía, y hacer, si es posible, que penetre la alegría en nuestra vida.

Pero no es artista todo el que quiere, y el que pretende serlo por el estudio servil de los maestros, por la medida y la reproducción precisa de las líneas trazadas por otros, por la observación rigurosa de las reglas anteriormente adoptadas, no pasará de pobre copista, generador de decadencia y de muerte. La primera regla del arte, como de toda virtud, consiste en ser sincero, espontáneo, personal (Ruskin); pero, tan mala ha sido nuestra educación, que por un sentimiento de servil imitación, las multitudes — ¡y cuántos hombres instruidos y cultos pertenecen todavía á la simple multitud! — se sienten arrastradas á considerar como perteneciendo al número de las cosas bellas por excelencia, muchas obras que no son más que agregados de piedras debidos al capricho de algún déspota y pagados por innumerables vidas de esclavos. Verdad es que toda obra humana es, en sus efectos, como en sus causas, de naturaleza tan compleja, que lo bello puede mezclarse con lo mediano y aun con lo feo; sin embargo, para darse cuenta exacta de los trabajos humanos, preciso es distinguir en ellos los elementos diversos y pronunciarse especialmente sobre cada uno de ellos. Las pirámides, por ejemplo, en concepto arquitectónico, no son más que un simple modelo de geometría sin más valor que los poliedros de cartón que construyen los escolares; mas, por su masa prodigiosa, aquellos «tres montes elevados por el hombre, que á lo lejos penetran en los cielos» han dejado de ser en apariencia obras humanas, y se convierten en parte inseparable del paisaje, como las sinuosidades del río y las arenas del desierto. Además, se ve levantarse en aquellas pirámides como un período de la humanidad: el pensamiento evoca todo el pueblo de los constructores y, por una simpatía inconsciente, personifica los millones de desgraciados en el enorme montón de piedras bajo el cual murieron penando. Tiénese á la vista un espectáculo de la Naturaleza, recíbese una profunda impresión de la historia, pero toda idea de arte queda completamente extraña á la vista de las pirámides.

Prodúcese más fácilmente una admiración irreflexiva cuando las obras arquitectónicas unen á formas colosales algunos rasgos realmente artísticos. Cuando Sesostris, locamente prendado de su pobre persona, cubrió el mundo egipcio con sus enormes efigies, el sentido de lo bello no había sido todavía suprimido completamente por la servidumbre universal, y por lo menos los colosos del Faraón, sus templos de proporciones gigantescas, han guardado, á pesar de su exageración y su falta de espontaneidad, algunas de las cualidades legadas por la edad precedente. Asimismo, en las épocas en que los soberanos, césares ó «Reyes Sol», hacían converger á la glorificación de su individuo todas las energías artísticas del siglo, las generaciones anteriores habían contribuído sin saberlo á la obra de adoración real, pero su premio consistía en una decadencia inevitable de las generaciones siguientes. Sin embargo, la bajeza atrae á la bajeza, y de siglo en siglo, los príncipes que mataron el arte por su vanidad, á fin de concentrar todos los rayos en su aureola, tienen todavía sus cortesanos; pero esa turba disminuye: cada vez prevalece más el sentimiento expresado por los críticos verdaderamente humanos: «En la época de Sesostris el arte se vuelve espantoso... No sólo se siente humillado por la inmensidad de esas obras, sino que la ejecución no puede comprenderse más que por la esclavitud de los hombres... Quiero que las artes expresen el bien de la especie humana».

Á lo menos expresa la libertad. Cuando el hombre trabaja libremente, y puede dedicarse alegremente á su obra, persiguiendo su quimera, quizá alcanzará la felicidad de realizarla ó á lo menos hallará la originalidad personal que hará de él un individuo distinto en la sucesión de los hombres. Si no tiene el goce tranquilo de la libertad en la paz, que tenga á lo menos la libertad relativa que se halla en el combate: son también grandes épocas aquellas en que se puede luchar por su ideal, defender con una mano el tesoro que se lleva en la otra. A veces también el artista puede crearse una vida completamente aparte. El mundo oficial se le aparta, el fárrago de las cosas insignificantes se agita en su rededor; pero

¹ Ch. Lenormant, citado por Fr. Lenormant, *Les Premières Civilisations*.